

ANTONIO CILLERO ULECIA

el llanto de las fuentes

EDITORIAL OCHOA

P
22

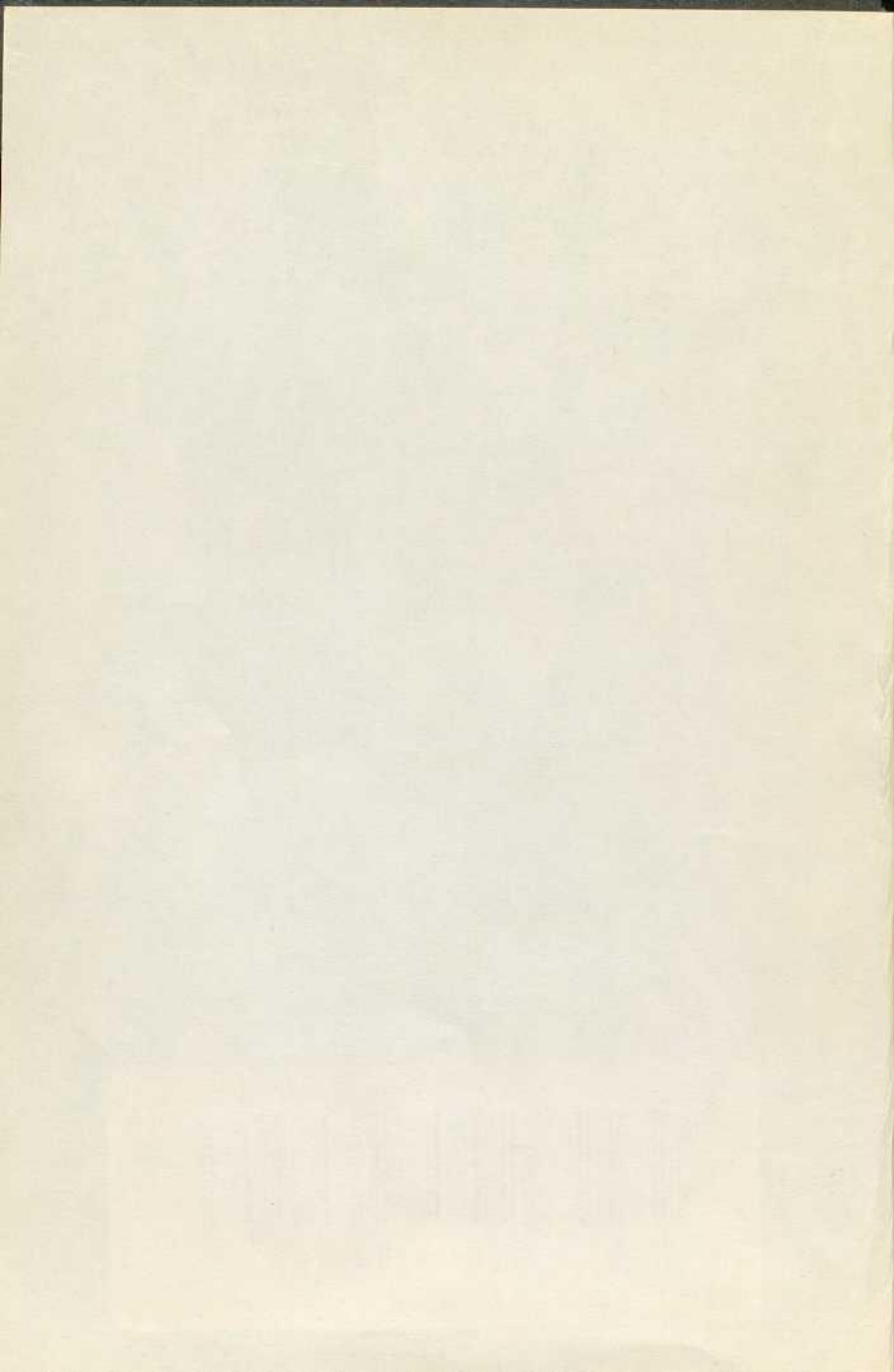
C-48485

DP 7770

X



10000048485



860-1 "19"

ANTONIO CILLERO ULECIA

EL LLANTO
de las
FUENTES



R111.255

EDITORIAL OCHOA Dres. Castroviejo, 19 Logroño
Impreso en Gráficas Ochoa, Castroviejo, 19 Logroño
Enero 1973

TALLERES GRAFICOS DE EDITORIAL OCHOA - ISBN 84-400-5721-0

Dep. Legal LO - 21 - 1973

Voy a calmar mis sienes...

Desde Tobía para mi buen
amigo y buen poeta:

Manuel Pilares

Está clara y hermosa la mañana,
para salir moliendo pensamientos
por el campo, por el callado campo
donde, a solas, le cuento mis secretos.

Hay una luz sensible y transparente
que dora robledales y choperas.
Surcan el cielo buitres y palomas.
Rompen el azul las naves viajeras...

Hoy es un día más en el silencio
de este zanjón, cual hosca sepultura:
hundiendo más y más toda aventura...
callando más y más todo comercio...

Voy a calmar mis sienes en la fuente.
Voy a lavar mis ojos con su llanto;
a hilvanar con su acento el tosco canto
que me quema y me duele tras la frente.

La del Tamboril

A Enrique Azcoaga, con el
cariño de siempre

¡¡Basta ya!!...

No me vengas con caricias y saltos, Atila...

Hoy estoy triste...

No sé qué tengo frente adentro...

no sé qué tengo...

Sólo sé decirte

que, este es uno más,

un día más, de esos amargos

en que me duele lo imposible...

lo indecible,

y, me hastía —ya ves tú—

hasta llevar estos ochenta kilos

de miseria,

caminando monte arriba buscando una fuente.

Hoy estoy raro... extraño... decepcionado...

Gracias por tu amistad.

¡Qué gran corazón tienes!

y cómo me duele llamarte

perro,

aunque, bien sabes,

que lo digo con orgullo,

y tú

así me lo entiendes.

Desde tierras americanas
he venido,
al más apartado rincón de mi Castilla
buscando olvido.

Olvido, para no ver tanto colmillo
con ganas de morder al semejante
que le roba "su tajada"...

He venido a este mi exilio,
para no ser hombre que lleva
cadena en el tobillo,
cremallera en la boca,
y un silencio indefinido en la cartera.

He venido a este alejado rincón,
para no sentir el latigazo en la espalda.
Por no escuchar el siseo
denunciador de miseria
en mis oídos.

¡Qué hermosa está la mañana!
¡Ah, qué perfección de mundo!
¡Qué maravilla de creación!
y, qué asco... qué asco...
¡¡qué asco!!

Sobre el azul transparente del cielo,
camino de París o Londres,
un avión va dejando su pincelada blanca.

Yo admiro al hombre creador de ingenios,
al hombre
que juega a convertirse en Dios
y, desgraciadamente,
lo consigue.

Sin embargo,
cuando miro esa nave que corre más que el sonido
me destroza la calma.
¡Me roba el silencio...
¡Hace añicos mi paz.

Porque, yo sé, lo sabemos todos,
que estamos viviendo
por merced de quien a diario nos controla,
como si fuésemos insectos
que propagan el tifus...
el cólera...

Triste epílogo del que dijeron
fue hecho,
a imagen y semejanza del Creador.
Un espejo convertido
en microbio...
en gusano...
en bacteria,
a la que se vigila y se puede destruir
cuando lo quiera el poderoso que contabiliza
todo el planeta...

Así y todo, Atila,
lo he leído,
sí, sí, no te extrañe, lo he leído.
Alguien,
de vez en cuando dice... ha dicho:
"los poetas son gentes extrañas
que se quejan por capricho
y, nunca saben lo que quieren...".

¿Te das cuenta?...

Y no sabe,
el poderoso, o, el tonto que tal dice,
que:

Poeta es la Naturaleza.

Poeta es Cristo.

Poetas, fueron los padres
del que tal memez ha dicho.

Y, yo no soy poeta
¡qué más quisiera!...

Pero sí sé,
porque los muertos hablan a gritos,
rasgando zonas de nieve o, de sol tropical;
rasgando zanjas de oriente y occidente,
todos los años,
todos los meses,
todos los días y minutos,

en todos los ricones del planeta,
que, ellos, no murieron por ley natural,
que,
contra natura los mataron otros hombres,
y, también sé, que,
los que tales desmanes hicieron
jamás entendieron a los poetas.

Hermano Atila. ¿Le ves?...
¡¡Mírale!!... ¡¡Allí va!!...

Y mi perro, todo inteligencia y bondad,
cuando le indico hacia la nave,
es tan fino de nariz que, le ladra...
¡le ladra
como a los cuervos...
como a los buitres...!

Yo vine al monte buscando paz
y me he equivocado.
La paz no es de nadie...
¡Nos la han birlado!

La paz no existe,
creo que no existió nunca.
Ayer, al "hacer la guerra"... le llamaban trabajar.

Pero, esta época es distinta
al ayer de nuestros abuelos,
y de nuestros padres.

Este es otro mundo:

Hoy mandan las máquinas.
Los hombres que las manejan
se han vuelto como ellas...:
sin corazón...

sin alma...

Estamos a merced de la
cibernética...

las computadoras...

los cerebros electrónicos...

Se mata con máquinas.

El hombre se lava las manos,
echándole culpa

a, "un mal resultado de las calculadoras"...

Y, sin embargo,

qué maravilla de tierra

en este otoñal serrano,

cuando no hay ruidos,

cuando no hay gases...

cuando no existe la violencia,

porque no se ve la planta de otro humano.

¡Qué hermosa mañana de octubre!
¡Dios, qué encanto,
vivir lejos de la ciudad
vuelta zoo...
vuelta maffia...
convertida en burdel...
envuelta en lodo:
¡¡me quedo con el monte
aunque me duela estar solo!

Los chopos se están quedando sin savia.
Todo el valle, estrecho y húmedo,
es como un gigantesco
sanatorio
antituberculoso...

Los árboles padecen el otoño
y van muriendo día a día
hoja a hoja...
poquito a poco...
Ello es una pausa,
sólo una pausa
hasta el febrero loco
que venga empujando yemas
y trayendo alborozo.

Esta es la Fuente del Tamboril.
¡Escucha, Atila, escucha!...
Y, mi perro,
—más corazón que pelo—
cye dentro de la roca
como un lento repicar de parche
y ladra... ¡ladra!...
Me mira y ladra furioso
al pequeño agujero,
por donde sale un hilo de agua,
tras del oculto repiqueteo...

El perro quiere saber qué pienso.
Pero ya no pienso...
Me he quedado dormido en el suelo.

Sueño violencias por toda mi tierra.
Aquella optimista adolescencia
me la dejaron destrozada,
saltada en mil pedazos
como cántaro golpeado contra el muro
de la fuente.
Después de aquello...
¿quién será el mago que pueda traer calma
a mis sienes?

Hay cosas que no son para vivirlas,
y yo he vivido un tiempo horrible
lleno de gentes y de cosas terribles.

Tanta carga echaron aquellos hombres
sobre mis juveniles espaldas,
que me rompieron el tronco
y ya nunca más,
¡jamás!,
pude
soportar nada que, de forma torcida,
le viese nacer
haciendo daño al semejante.

¡Estoy herido y dolido para siempre!
Temo al hombre, sí, temo al hombre
como teme el niño al perro
desde que, uno,
le clavó los colmillos
en aquella tierna infancia
que sólo sabía de juegos
y canes de trapo.

¡Temo al hombre, y,
ese parche...
ese parche...
me suena a cosa de hombres,
hombres que hacen legión de lutos
y ríos de lágrimas! Este sonido es un llanto.

Y, sin embargo...
qué hermosa es la vida.

Con qué poca cosa,
con qué poca cosa
se puede ser feliz
contemplando:
las frescas praderas...
los gigantescos hayedos...
el cielo transparente...
las cantarinas aguas de un río
que nunca supo de violencias
y, todos los días,
hacen sonsonete de romances.

Un alto en la ruta

A Vela Zanetti, genial pintor
y amigo del silencio

Debajo de mi umbilico está el mundo.

Desde lo alto viene una hermosa mañana
dando belleza a la tierra.

Campos de mucha piedra y poco pan.
Bancales donde el hombre dejó
sudor y vida
para arrancar
miserables espigas hipotecadas.

Hasta mí llega el amoroso gorjeo
del ruiseñor que, en su nido, mayea,
dando calor y alegría
a un milagro en ciernes...
que empolla
bajo su frágil plumón .

Debajo de mi umbilico está el mundo.
¡Qué lástima de tierra
tan hermosa,
y qué horrible destino cainita
busca darle,
quien de todo lo viviente gallea
con submarinos... átomo y aeronaves...

¡Qué poca paz, señor,
y cuánta guerra!...
Qué poco amor...
¡Cuánta quimera por lo que nada vale...!
¡Qué falta de sentido por lo bello,
por lo que nadie se entera!

Venía cansado del camino,
derrotado, vencido, y, por ello,
en lo alto de este umbillico
me he detenido.

Desde aquí veo el inicio de la ruta,
allí donde cambia el color de la bandera.

He subido puertos con pinares...
He bajado a ríos transparentes, trucheros...
He seguido por puentes peregrinos,
para llegar a este cerrillo
mísero y embriagador.

Es aquí,
donde quiero echarme a la boca
un trozo de pan tierno
y un trago de bon vino
de esta tierra de Gonzalo,
nuestro primer versificador.

Vengo agotado y aburrido
—pero no de andar leguas y leguas—
con mi mochila al hombro
y mi largo palo
cual zagal,
que va buscando tierras del Cid
en la Burgos regia y monacal.
No es eso;
no es el duro y oscuro suelo
lo que fatiga mi vista y atormenta mi
cerebro.

Es el trasiego,
el zumbar y zumbar sin pausa,
el frenar...
y,
el pasar veloces junto a mi débil
y destrozado cuerpo.

Es el pasar y pasar
—no sé si blasfemando o gimiendo—,
mientras escupen bocanadas
de su “diabólico incienso”...

Amigo Santiago:
Desde el umbillico te digo
que, el mundo entero está contaminado
y no de los humos y gases que nos dicen.

Toda la corteza de esta tierra
que

para comulgar con pan de paz fue creada,
malvive guerreando aquí y allá,
porque le huelen a envidia
las entrañas,
a pólvora el corazón,
y a extrementos la mirada.

Debajo de mi umbilico está el mundo.

La vieja ruta jacobea, ayer piedra y polvo;
—silencio recoleto y oración—
ha sido hollada por el turbi6n humano
que todo lo arrasa mirando, mirando...
y no ve nada...

Mañana,
cuando comience a rayar el alba,
dejaré los sanmillanes
y seguiré buscando
esos caminos y puentes
que elevaron Domingo y Juan de Ortega.

Entraré en la cabeza de Castilla,
seguiré por rutas palentinas,
y, haré mi entrada
en el viejo reino
que imprime, desde antiguo,
garra y devoci6n.

Cuando allí llegue el romero
sonreirá
porque, el final ya es postrero.

Desde mi umbillico domino toda la tierra
y miro al cielo.

¡Qué lástima, señor, qué lástima!

tenerlo todo a placer

y, acaso un día...

—no se sabe cuándo—

volver otra vez

como en el día primero...

Fuente del Oro

A mi querido y admirado
don Américo Castro

Cuando ve mi bastón
ya sabe que, al monte vamos.
Atila nunca se equivoca,
acierta siempre porque carece de ambiciones.

Mi perro cuida la fuente
en la que, con piedra de hierro,
dejé escrito mi lema:

TRABAJO

PAZ

CULTURA

LIBERTAD.

Atila duerme a su vera para que,
con ladridos y colmillos en guardia,
proteja
esos cuatro pilares,
así nadie los rompe ni los cambia.

Con ellos en pie
y todos apoyando su grandeza,
la vida en esta corteza
cambiaría de sentido.

Por el camino forestal, vamos, río arriba...
río arriba

lejos... muy lejos...
adentrándonos en La Demanda,
donde,
en kilómetros y kilómetros no se ve persona.

¡Ya hemos llegado!
Esta es una fuente de nombre áureo...
Triste palabra...
Odioso capicúa corruptor del género humano.
Despiada materia,
que sólo has servido
para enseñar a comprar y vender,
con engaño del inocente
y engorde del pícaro...

Vil concierto de "oes",
que has arruinado hogares;
disuelto compromisos;
vendido honras;
armado brazos;
incendiado pueblos;
usurpado poderes;
claudicado plumas endebles;
frustrado limpias conciencias:
¡trayendo guerra,
aniquilando paz!

¡Qué poderes tienes,
qué poderes que,
desde Caín,
has reinado en el crimen?...

Por ti, el odio y la pasión
han venido hermanados
para tener poderío;
para adquirir mejor posición...

¡Has tomado carta de ciudadanía
en todos los hogares civilizados
para volverlos bestias doradas!...
Te has hecho soberano de la tierra
y, cada día, se hace más difícil destronarte.

Esta es la Fuente del Oro...

¿La ves, Atila?

Esta no es fuente del bien;

ni del amor;

ni de caridad;

ni de esperanza;

ni de sencillez;

ni de sacrificio:

¡¡Esta es la Fuente del Oro!!

Si yo te dijera que, todo daño,
proviene de esta fuente...

Si yo te dijera, que, quien más cosecha
ha sacado de aquí
más negra tiene la conciencia.

¡Si yo te dijera que, cuanto más
poderoso es el país,
—porque las arcas tiene herrumbadas
de guardar y guardar
riquezas, que sustrae a los hoy llamados
subdesarrollados—
peor déficit tiene de humildad.

¡Si yo te dijera, cuántos millones
de víctimas inocentes,
ha hecho esta fuente universal
del oro!...

Este es el manantial
que todos buscan sin parar en mientes:
Pisotean lo más sagrado;
hozan lo más querido;
burlan lo más venerable;
traicionan lo más santo
porque, en llegando aquí,
saben que todo les será perdonado...

Pero ¿qué valen mis quejas, si nadie las escucha?..
¿qué valen mis consejos
si todos los oídos quieren ser sordos?...

¡Hoy, más que nunca, Atila,
dominan estas fuentes
sobre toda la hambrienta faz de la tierra!

A Jesús lo vendieron
por treinta monedas.
Era el precio del tiempo.
Hoy... con treinta millones
se arreglaba la cosa:
¡subió la almoneda!

Se venden gobiernos;
se compran conciencias;
se enturbian las fuentes
porque nadie beba el agua del bien.

¡Todo está falseado, podrido, comprado
por el vil metal
que ha llenado de judas
los estados!

¡Nunca como hoy, se cotizó tan alto,
lo que perdió a los hombres
desde la edad primera!

Nunca como hoy, fue tan codiciado
este soberano sin alma
que dicta sus leyes a posta,
para turbar la paz del mundo.
Este, que crea gigantescas industrias,
para que haya más poderosos



y, a su lado, crezca la miseria.

Por culpa de estas fuentes
pelean los grandes, unos contra otros,
pero,
no lo hacen **solos, no,**
¡se llevan a todos los pobres del mundo,
para justificar con su sangre
las razones de riqueza!...

Esta es la Fuente del Oro
a la que es preciso maldecir,
mientras la palabra del hombre justo
no se haga verdad sobre la tierra.
¡De aquí parte toda una historia de maldad
que no tiene fin!

De aquí nacen las divisiones:

de razas...

de estados...

de políticas...

de pensamientos...

de profetas

y de mártires.

¡¡Esta es la fuente del llanto!!

Aquí nacen las leyes y los jueces.

Aquí se deforma la verdad

y se propaga la mentira

que, puede ser, en último caso:

“razón de estado”.

A ésta le llaman: La Fuente del Oro,
pero, por fortuna, no le hay.
¡Bendita sea la hora en que desapareció!
Porque, de haberlo, Atila, yo te digo que,
de haberlo,
no estaría tan libre
para que tú bebas y te tumbes en ella a placer.

Como en todos los bancos
de todas las naciones del mundo
"esto" lo cuidarían hombres con armas
protegiendo la riqueza naciente.

¿Ves tú qué libertad se respira?
Así pasa en las mansiones de los poderosos.
Tal ocurre en los hogares de los humildes.

Tobía, octubre 1970.

Yo os invoco

A Pedro Laín Entralgo,
con admiración y cariño

Y, es así... no hay otro remedio.

La ciudad es fiebre, tedio...

El campo hostil...

sólo bueno para recorrerlo.

La gran urbe

seductora y cautivante

tiene su precio,

que,

en esta vida, señor, en esta vida,

nada se da fácil porque no hay término medio.

Desde este alejado rincón

—que yo no he buscado para mi diaria tortura—

donde estoy enclaustrado

por la tenaza del vivir agitado

y,

por ese terremoto que llevo

bajo mis pies,

que no permite —¡o no quiero!—

estar parado,

contemplo a lo lejos la ciudad rectora,

y la sueñan mis sentidos

por sus grandes lecciones,

por el pulso que, día a día,

en su latir aflora.

Huérfano estoy y, en paz me quemo,
tratando de salir de este silencio
con páginas amigas, que me prestan
el rescoldo del saber
falto de precio.

Que no es fácil ni sufrible
el destierro del viajero, que,
amortajado en piedra mira
sobre los altos cerros
y, un balar de cornúpetas cabras
le dan respuesta al romero.

Que no se puede, ni es certero,
mandar a todos a paseo,
y,
encerrado en mi torre de marfil
hacer que miro... que miro y que no veo...
Que no es una roca, no,
ni de paja ha sido hecho
¡ni de hielo!!
para encofrarse en el pasado
y no atender
de lo rústico el zurrido,
el estacazo brutal...
ni el ingenuo curioso...

Hermanos del ayer. Hermanos,
los que habéis sufrido el azote
del gobernante sin entrañas,

quien os llevó a mazmorras
o a desiertos...
para quemaros las pestañas
y no viérais la luz del arco iris,
yo os invoco.

Yo os invoco, soñadores,
desde este pozo, donde el frío
penetra en mi pellejo
temblón, aterido y desnudo,
dejándome sin calorías:
apagado, terso, enmohecido y crispante
como el lejano Pancrudo.

Hermanos de la palabra al aire;
de la siembra entre cizaña,
de la carne puesta al horno
que alimenta la ignorancia,
hecha brasas por la envidia,
tenedor el uniforme
y colmillo el capital que se agiganta
dando siegas de guadañas...
Yo os invoco, para que me llevéis
al lugar donde yacéis
que será, ¿quién lo duda?:
de cálida fragancia.

Hermano Miguel de Cervantes.
Hermano Quevedo...

Hermano Fray Luis.

Hermano Juan de la Cruz.

Hermano Villegas.

Hermano Don Antonio.

Hermano Valle-Inclán...

Yo os invoco hermanos en dolor,
para que mejoréis este lagar,
que sólo da vinagre y desamor
porque pisan uvas sin madurar.

Hermanos del ayer,

¡incomprendidos!

yo os invoco,

para que me saquéis de este hosco pozo
donde la ignorancia reina
y da lección "el zocotroco".

Yo os invoco

para que me llevéis a vuestra patria
sin cañones,
sin gas letal ni prestamistas,
sin fanfarrones de café,
sin comesantos,
ni cirineos izquierdistas...

Yo os invoco.

Yo os envío mi "ese o ese",
para que me llevéis donde la nieve
no cubra el tosco suelo.

Para que me llevéis
donde jamás exista invierno.

donde el calor sea eterna fortuna
aunque haya que pagar, una por una,
todas mis palabras en un infierno.

Fuente Santa

A Gerardo Diego,
digno y sabio maestro

Subiendo barrancadas con hayedos...
Trepando por laderas edeniales...
Descendiendo a lo profundo de los valles...
Vigilando en los oteros el camino a seguir,
he llegado al convento
que está frente a la Umbría.

En este atardecer otoñal y triste
toca la campana monacal...

¿Qué tendrán los conventos de las sierras?...
¿Qué tendrá la soledad de la montaña?...
¿Qué tendrán las campanas?...
¿Qué misterio tan arraigado va con el hombre,
que no puede desasirse de esos muros
y de ese canto?

Esta es herencia que viene
metida, ¿quién sabe dónde?...
desde el más allá: desde lo infinito.

En el alcor me he detenido
contemplando ese puñado de tejados,
donde subsiste la milenaria fuente.

Como beduino que atraviesa el desierto
buscando un oasis,
así yo he llegado a este remanso de paz,
y de amor,

He bajado a la Fuente Santa
y he bebido agua sin contaminación.

Atila se ha quedado en la explanada,
jugando con una perra dálmata.
Le ha gustado la novedad y el color
venido desde el País Vasco.

Perros de caza que traen
en los coches
para explotar —con libertad condicionada—
su instinto noble y cazador.

La trampa actual se extiende por donde quiera
se vuelque la mirada.

Después de hacer campo de batalla
todas estas montañas,
—cazando decenas de frágiles criaturas
con armas de alta precisión,
y perros adiestrados como agentes
del F.B.I.—
vuelven al monasterio,
y se postran ante la Virgen
para dar gracias
por tanta víctima conseguida...

Pero esto no es nuevo.

A veces se ha hecho contra cristianos...

Tras de la batida, era preciso dar gracias
por la gran intercesión
de quien todo lo puede.

Ahí están los muros calcinados...

Esas paredes hablan de gesta
y de patriotismo.

A los nacionalistas les llamaron
"brigantes"...

Miles de años antes los romanos también
les decían "latro"...

La historia, variando de actores,
es siempre la misma.

Esta es la Fuente Santa.

Aquí han venido desde siempre
gentes que buscaban sanar.

Recorrieron leguas y leguas
por ver la fuente milagrera
y, dicen los testimonios,
que curaron.

Cuando se tiene fe todo es posible.

El agua de la Fuente Santa
es una dulce plegaria.

El agua de la Fuente Santa
es un continuo llorar.

Ella no se fijó jamás
de qué color es la piel del sediento.
Nunca preguntó
qué pensamientos tiene,
el que pide agua para su reseca boca.

Allí han bebido:
los más rústicos pastores,
los reyes más poderosos,
los criminales más sangrientos,
los más santos varones.

La Fuente Santa
no sabe de colores ni banderías.
La Naturaleza no distingue
lo que el humano hizo frontera:
estandarte,
comercio,
denuncia,
y,
muerte.

¡Qué hermoso es un convento mirado desde
fuera!

¡Qué bien suena la campana
cantando amor y paz por todas estas
cresterías!

No sé hasta dónde llegará la verdad
pero, aquí, y, en este momento
lo estoy creyendo...

¡Qué bien funciona todo este concierto!
Es menester decirlo sin tropiezos:
el monte,
la vida,
la creación entera
es el más grande milagro que existe.

Hace falta ser bestia para negarlo.

Las tres celdas

A Leonardo Martínez Bueno,
gran escultor y enamorado
de esta tierra

(Tres discípulos de San
Millán de la Cogolla)

Aquí estuvo enclavado el monasterio
de las tres rudas celdas monacales.
Aquí una fe con piedras capitales,
y un devenir curtido en el misterio.

La toba en el pilar pulsa el salterio
de unos santos obreros y zagales.
Dictado emilianense en los morrales
y un silencio de altar y baptisterio.

La zarza se adueñó de los espacios
que antaño fueron forja de virtudes
y místicas pasiones recoletas.

El musgo da color, y, chopos lacios,
en un marzo con frías actitudes
cimbrea las ortigas y violetas.

Aguas Cárdenas

A Carlos de la Vega,
añorando tu noble compañía

El monte tiene nombres
que son un encanto.

La gente dice cosas que me hacen feliz.

A una anciana, esta mañana,
contando sucedidos nimios y,
reprendiendo a su nieta
le oí decir:

“Tú, cállate,
que yo sé mejor que tú ese romance”...

Yo, les oigo hablar

de lo que ellos dicen “pagos”...

—que son demarcaciones forestales—

y me inducen a escribir.

¡Ah, quién supiera

dar la belleza que ellos tienen!:

Majada de Cirbán...

Los medales - El Ponzo

Hoyo perrilla - Pedroarmas.

Sorriba - Navar.

Pico el rando - Saleguillas.

Majada de Fragosto...

Campo de las brujas...

Aguas Cárdenas...

Aguas Cárdenas...
Qué bonito nombre, señor,
y qué triste...
¡Aguas moradas...
¡Aguas de cardenales...
de sangre extravasada...
de contusión... ¡de estacazo!...

Y, aquí, Atila, aquí sí que puedo decirte
porque el nombre lo impone
—y el agua lo irá cantando
hasta que lo lleve al mar—,
las muchas aguas que hay por todo el mundo
con más razón que éstas
para llamarse cárdenas.

Sobre esta fuente yo siento
la vacilación del suelo.

Aquí hubo violencia,
tuvo que haberla.

Si yo te dijera
que, ahora,
en este momento
se me crispa la piel,
se me turba el cerebro,
y no por esta fuente
ni por su origen de hierro.

Quien esto lea
dirá:
¿y, a ti qué te importa?...

Se dice muy fácil,
pero,
yo te digo, ¿me oyes?: Yo te digo
que tengo como un temblor oculto
que me nace desde antiguo;
lo he llevado a otros continentes,
y, no puedo echar de mí
aquellas semanas
de dolor cárdeno...

Es otoño del setenta;
estoy solo.
Pienso,
en todo un mundo color cárdeno
por el odio y la incomprensión;
por la violencia.

Caen las hojas siempre sobre la misma tumba,
y, nunca pasa nada.
Hay un sol triste que viene desde Oriente
y tiemblan hasta las piedras
de Peñalba.

¿No le ves qué color trae hoy, Atila?

Aquel sol viene cárdeno.
Ha salido, un día más, triste,
porque sabe
mejor que nadie,
que su calor no lo sienten

miles de víctimas destrozadas
sobre campos de arroz.
¡Oh!, cómo está la tierra
de impiedad y desamor...
qué afición por la codicia...
qué falta de honor...

Arde Indochina por los cuatro costados.
Las bombas incendiarias
quemán casas y cosechas
y.
el resto del mundo
sigue su juerga.

Hay millones de muertos.
“¿Y qué...”.
“¿Por qué hemos de sufrir
otros por ellos?...”.

Decidlo vosotras si lo sabéis
Aguas Cárdenas,
que yo, con mis cincuenta,
no acierto a comprenderlo...

Muerden los árabes la pólvora
y, envueltos en ella,
se lanzan contra Israel
que los avasalla y menosprecia.

Queman sus mezquitas
y los judíos sonríen,
apoyando la cabeza contra el muro insensible

de Jerusalén.

Tras de muchos siglos de bañarse
—entre los mares del éxodo—
los que cuidan mejor que a su ropa
el candelabro de siete brazos,
tienen un país ¡su país!
¡Cuidado con ellos, africanos!...
¡Cuidado con ellos, hijos de América!..

Arde Irlanda...

Se destruyen los países africanos...
Se le cerca a Cuba para que claudique...

Todo América es un volcán,

y,

como siempre...

el hambre crece por toda la faz de esta
mal administrada tierra.

¡Tres cuartas partes de la humanidad,
malvive entre guerras,

pestes

y

terremotos!

comiendo a diario,

y, llevando joyas,
sobre carnes sin alma.

Sólo una minoría se divierte

Dicen,

todos lo hemos oído,
que,
quien grita es caprichoso...
Que,
el mundo está bien como está,
y que,
aquí, como allí,
todo se arreglaba con
estacazo...
¿Más?...

Aguas Cárdenas...
Aguas de dolor y de llanto.

¡Si se juntaran todas las lágrimas
de las mujeres y niños
víctimas
de lo que no han buscado,
haríamos de todo Europa
un lagrimoso océano!

Pero, el hartado manda
y flagela al pobre,
porque le cree nacido sólo para eso:
burro de carga.

Triste siglo veinte,
por ser el último, el peor...
En tus setenta años de vida
has hecho más muertos

que en toda la historia junta de la Humanidad.

Pobres países que no tienen paz.

Que les mandan bombas en vez de trigo...

Metralleta, y no costillares de ternera...

Por una vez, aquí. en el tuyo

Aguas Cárdenas,

anda la paloma blanca

¡Dios quiera que, así lo haga, en muchas
generaciones!

Pero, yo pienso en los otros hermanos
y me duelo por ellos.

Sufren la guerra

y, yo sé,

qué sabor tiene eso.

A ti te digo, Aguas Cárdenas:

cuando llegues al Ebro

y vayas al mar,

lleva esta rama de helecho al vencido.

Le dices, que se la manda

un hombre bueno,

un hombre que vive en solitario

porque quiere vivir en paz.

Fuente de los poetas

A la Peña de Poetas del
del Café Gijón: «Mi Peña»

Estamos en el veranillo de San Martín.
Es el adiós del calor otoñal
deslizado sin violencia
sobre la faz de mi querida,
imperfecta, sufrida y doliente España.

Por las cresterías del monte se oyen tiros.
¡Oh! No puedo evitarlo...
Esos disparos perdidos en los campos
me traen al recuerdo
mi destrozada adolescencia.
¡¡Odio el disparar de cualquier arma!!

Mi generación quedó marcada
para siempre
por el terror de la guerra.

El hombre, desde que vino al mundo,
pretendió vivir de la caza.

Pero esto de hoy es paradójico;
tiene de todo cuanto apetece y, sin embargo,
tiene que matar,
¡goza vertiendo sangre inocente!
¿Hasta cuándo?...

Esos que ahora disparan
compran puestos de tiro, por los que pagan

más dineros que, los ganados por su obrero
en veinticuatro meses...

Por encima de esos valles pasan las palomas.
Se detienen sobre estas ricas barrancadas
para llenar su buche con frutos del haya.
¡Cuanto más comen, menos se elevan...!

Ellas no saben que, allí, en lo alto,
hay un hombre que las espera
para voltearlas sin piedad...

Este es el veranito de San Martín,
y, parece primavera.

Yo, que hice tantas cosas
en mi zarandeada existencia,
me quise dar el gusto un día
de poner el nombre a una fuente.
¡Allí está: "Fuente de los poetas"!

¿Sabes por qué lo hice, Atila?
No lo sabes
pues,
aunque no lo entiendes,
te lo voy a decir, porque en ello me recreo.

Primero, ya lo ves:
por nuestro querido mester
Gonzalo de Berceo.

Escrita está la cita:

“Logar cobdiciadero para omne cansado”.

Después... ¡Ah!, después...

Por mis poetas amigos
que tanto quieren a mi Patria
desde el otro lado del Océano.

Y, también, ¿cómo no? Era una obligación.

Porque, esa hermosa fuente,
me canta,

los hermosos versos de Ricardo Molina...

González Alegre...

Ignacio Aldecoa...

y, Fernando González.

Esta es mi fuente

y la de todos vosotros, amigos en la poesía.

Es la fuente de los más cuerdos,

o, los más locos...

—según quien lo diga—,

pero, esta es “la nuestra”,

y aquí está esperando

a que vengáis a verla

y tirarle una flor rimada o libre.

¿No os silban los oídos, poetas del Gijón?...

¿Es que no sentís, a veces,

cuando estáis en los cómodos peluches

del café universidad,

algo así
como el paso de una abeja
que, llena de mieles, desde la montaña llega?...

Cuando estoy en ella
a todos os veo, a todos, no valen nombres.
Desde el maestro cántabro,
con su físico de místico y sabio,
estirado,
mirando hacia lo alto que es lo suyo,
como salido de un cuadro de
Doménico,
—pero,
parpadeante y académico en todo momento—,
hasta el fino poeta;
el atildado formador
de una juventud postbélica,
que necesitaba de versos como de pan blanco.

Para qué nombrar apellidos
si todos estáis aquí, ¡aquí!
a estas frías y nacientes aguas prendidos:
Tavalera... Cuenca... León... Tomelloso...
Madrid... La Alcarria... Galicia...
Valladolid...
Córdoba inconformista...
El buen juez y oculto poeta,
que no quiere presumir de endecasílabos.

La juventud bezoarista...
Astucias con su gracioso minero...
y, el plagiario del gotoso
rey don Felipe.
También está “el
hombre serio”:
El sufrido y gran poeta
galaico
todo bondad y silencio.

Los donjuanes andaluces,
venido de tierra de Arcos
buscando al Corregidor
que mejore su andadura...

¡Fuente de los poetas!
¡Qué gran gente para crear un buen país!...

¡Qué “peña” para chismes...
para saber entresijos,
para dictar academia y,
para que salgan académicos!

Como vosotros todos —queridos amigos
en lejanía—,
es esta fuente:
de voz clara y sin tapujos;
de palabra firme ante quien sea.
¡Como vosotros, poetas de España,
igual que todos vosotros

que nunca dejásteis de criticar
hasta el mismísimo Lucero del Alba!

¿Sabéis por qué es fuerte y hermosa mi fuente?

Porque, sobre ella tiene un haya
digna de Chillida.

Un haya milenaria
llena de formas grotescas,
que,
con su pesada mole
guarda tanpreciado líquido.

El haya vuestra es el saber.

¡Los muchos posos conseguidos en tantas
fatigas y sinsabores!

¡La dura lucha para publicar algo...
dar una lectura...
conseguir un premio en provincia...!

A veces, ¡cuántas...!, el premio viene acomodado
desde antes de nacer la criatura...

pero ello, ¿qué importa?...

¿no se hizo siempre?...

¿cambiará alguna vez?...

¡Así le vimos y, así lo dejaréis
hasta más ver...

¡Fuente de los poetas!

¡De todos los poetas!

De todos:

Desde Berceo a Quevedo.
Desde el Arcipreste a Lope.
Desde Pemán a don Antonio (El Bueno).
Desde García Lorca
hasta Solzhenitsin...

Fuente que llora sin cesar,
por los poetas que nos dejaron
las mejores lecciones
de amor,
de paz,
de sacrificio,
de libertad.

Fuente sencilla perdida entre el bosque.
Fuente clara y serena
que alegra el paladar
de cuantos vienen a tu remanso
para poder refrescar.

¡Ah, qué delicia!
¡Cómo me agrada ver
a los que a beberte vienen
arrodillados ante tu vena
porque les traga la sed!

Cuando todo el mundo
os admire así, poetas,
ya no harán falta arsenales
atómicos

ni cárceles para ideales,
ni campos de concentración,
¡ni anarquistas!...

¡¡O vienen todos a beber,
la sabia paz y generosidad de los poetas,
o habrá que empezar
este dramón de nuevo!!

NIETO AGRADECIDO

Tras de lo mucho y bueno conocido
yo quisiera cantarte y no me atrevo.
Menos puedo guardar esto que llevo
aunque sea vulgar y recocado.

Recocado de amor, porque he vivido
horas de unción gozando tu medio;
tu ermita al viento; tu poblado nuevo
que sube del valle al mojón erguido.

Porque soy numantino que no acepta
latigazo opresivo que aniquile
libertad que en mi raza es testimonio.

Por el Duero varón, aquí "ballesta"
que a Soria guarda. Porque se vigile
la tumba de Leonor y don Antonio.

Soria, 30-8-70.

INDICE

INDICE

	<u>Pág.</u>
Voy a calmar mis sienes	5
Un alto en la ruta	16
Fuente del Oro	21
Yo os invoco	28
Fuente Santa	33
Las tres celdas	38
Aguas Cárdenas	39
Fuente de los Poetas	46

INDEX

24
5
16
21
23
23
23
23
23
23
23
23





ANTONIO CILLERO ULECIA

Nació en Navarrete (Logroño) el 13 de junio de 1917. En 1940 estrena su primera obra de teatro. En 1942 ingresa en la S. G. de Autores de España. De 1943 a 1948, varias compañías que van por provincias llevan obras suyas en repertorio.

En 1948 marcha con su familia a Buenos Aires y estrena allí: «Tierra sedienta», «El pan del año», «El bobalicón», «Usted manda, mística», «La amansadora», «Anteo y Cloride» y «Rucamará». El año 1965 regresa a España y estrena en el Ateneo de Madrid «Confesión pública», obra que más tarde se representa en varios países americanos. En 1969 vuelve a estrenar en Madrid: «La gran mascarada». Ganó el premio nacionalista en varios premios de teatro y novelesco.

En 1971 publicó, con motivo del tercer centenario de la muerte de don Esteban Manuel de Villanueva, el libro «Sentir y mi canción».

Tiene varios libros editados y más de 20 obras de teatro. Es Académico Correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española y de la Burgense de Historia.

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR

DR